

derecho de Martin Cortés á la corona, en que su padre habia ganado la tierra; y acusaban á Felipe II de injusto y tirano al despojar de sus encomiendas á los españoles que las poseian por servicios prestados á la patria, y á los hijos de los conquistadores que ayudaron á Hernan Cortés en su empresa. Los conjurados no contaban, pues, con mas fuerzas que las propias y con las de algunos soldados aventureros que habian estado en las revueltas del Perú y que entraban siempre en todo alzamiento que les proporcionase utilidad. Era, por lo mismo, un sueño pensar en el triunfo, cuando no se contaba con elementos para la lucha. Los indios pertenecientes á los repartimientos de los conjurados, serian los primeros en levantarse contra los sublevados. Entre Felipe II, que disponia quitar las encomiendas y los que anhelaban separarse de él para poseerlas perpetuamente, no era dudosa la eleccion.

El marqués del Valle, que guardaba una posicion brillante, que disfrutaba de cuantiosas rentas y que tenia considerables intereses que perder, no es de creer que entrase en una empresa en que no habia ni una remota probabilidad de buen éxito. Por mucho que le lisonjeara la eleccion hecha en él por los descontentos, eligiéndole rey, no era posible que desconociese que la corona desaparecería con su cabeza, desde el momento que ciñese con ella sus sienas. No encuentro en las declaraciones de los testigos que figuran en los procesos formados á los que tomaron parte en la conjuracion, nada que me persuada á lo contrario. Que el valiente jóven Alonso de Avila debió salir poco satisfecho de la entrevista con el

marqués del Valle, se ve en todos los actos y palabras del mismo Alonso de Avila, como podrá notar el lector en el curso de los sucesos. Pero si D. Martin Cortés le manifestó lo peligroso de la empresa que trataba de acometer, él se veia en la precision de hacer creer á sus secuaces, que el marqués habia admitido con gusto la proposicion, y que estaba dispuesto á sacrificar por la causa su hacienda y su vida. Obrar de otra manera hubiera sido asustar á los conjurados, que, para salvarse, hubieran ido á denunciar á la Audiencia lo que se trataba, siendo él, en consecuencia, la víctima que se hubiera entregado al verdugo.

Uno de los que mas activo se mostraba en la marcha de la conspiracion era el licenciado Ayala de Espinosa, clérigo y racionero, como queda dicho, de la iglesia catedral. Hacia algunos dias que Alonso de Avila se hallaba en los pueblos de su encomienda, y que la calma parecia haber vuelto al corazon de los descontentos. El licenciado Espinosa, á fin de que no se dejase dormir el asunto, logró atraer al partido de los conjurados á Pedro de Aguilar, que acababa de llegar de Zacatula. Conseguido esto, envió con él una carta á Alonso de Avila, en que le decia que volviese á Méjico lo mas pronto posible. La carta del licenciado no fué contestada; pero pocos dias despues, al oscurecer de uno de los domingos inmediatos, entró Alonso de Avila en la ciudad, al frente de una curiosa cabalgata. Eran veinticuatro jóvenes, amigos suyos, vestidos de indios caciques, con ricos trajes y máscaras imitando el rostro de los personajes indígenas que representaban. Alonso de Avila hacia el papel de Moctezuma



y llevaba un traje hecho con toda propiedad. La mascarada se dirigió á la casa del marqués del Valle en medio de alegres músicas, bajó de sus caballos al llegar á la puerta, y en seguida entró en el vasto edificio. Era una fiesta que habia dispuesto Alonso de Avila para obsequiar á la esposa de Martin Cortés, que llevaba poco de hallarse en Méjico, y á la cual habian sido convidadas las familias mas notables de la capital y el visitador Valderrama. El galante jóven, autor del pensamiento, se habia propuesto representar la interesante escena en que Hernan Cortés fué recibido por el monarca azteca en la antigua ciudad de Tenochtitlan. Él, como se ha dicho, figuraba el elevado personaje indio que dominó el Anáhuac, y el marqués del Valle hacia el papel de su padre Hernan Cortés. Alonso de Avila, imitando perfectamente los modales dignos de Moctezuma, dirigió al marqués las mismas palabras de amistad pronunciadas al jefe español por el monarca azteca; pero separándose un poco de la verdad histórica, colocó en su cabeza así como en la de la marquesa, bellas guirnaldas de pluma, imitando el *opilli* ó corona que usaban los emperadores mejicanos, acompañando este acto con las dulces melodías de la música y de los aplausos de la escogida concurrencia (1). Los que

(1) Esta mascarada la ponen el padre Cabo en sus *Tres Siglos de Méjico*, D. Lucas Alaman en sus *Disertaciones*, y el Sr. Rivera en sus *Gobernantes de Méjico*, entre las fiestas celebradas con motivo del bautizo de dos hijos del marqués del Valle, siguiendo á Torquemada. Pero por los procesos formados á los conspiradores y que el apreciable escritor D. Manuel Orozco y Berra publicó en 1853, se ve que la expresada mascarada fué muy anterior á las fiestas que se hicieron por el nacimiento de los hijos de Martin Cortés. En éstas

figuraban la nobleza azteca que acompañaba al soberano, se dirigieron entonces á las damas y caballeros, y les dieron ramilletes de olorosas flores, con galantes y amorosos dísticos unos, y otros con enigmáticos motes alusivos al plan proyectado; pero cuya significacion verdadera solo era conocida de los conjurados. El papel colocado en el ramillete presentado al marqués del Valle decia: «No temas la caída, pues es para mayor subida». Estas palabras demuestran claramente que D. Martin Cortés habia tenido por un delirio la proposicion de Alonso de Avila, puesto que con ellas se trataba de alentarle. El mote fué roto poco despues disimuladamente por el mismo marqués del Valle sin duda, temeroso de que se sospechase la intencion con que habia sido escrito. Terminada la alegre escena y repartidas las flores, la alegre mascarada recorrió las principales calles de la ciudad, despertando á los vecinos con el ruido de la música y con el canto de las coplas que entonaban en coro. Cerca de la media noche volvió la alegre comparsa á casa del marqués, donde se habia dispuesto una cena á usanza de los soberanos aztecas. Alonso de Avila habia enviado los manjares desde una de sus encomiendas. Los platos, las tazas, los vasos,

no hubo nada que representase el recibimiento hecho por Moctezuma á Hernan Cortés, como veremos mas adelante, ni en ninguna de ellas se dice en los cargos hechos al marqués, que el dean de la iglesia catedral D. Juan Chico de Molina, le hubiese colocado en la cabeza una taza de oro en que solia beber diciendo que le asentaba muy bien. Poner una taza en que bebe sobre la cabeza de un personaje, delante de una lucida concurrencia, hubiera sido poner en caricatura al individuo.



las jarras, todo el servicio de la mesa, en fin, era de barro de la tierra, trabajado por los indios de Cuautitlan que, así como los de Cholula, eran reputados como los mas diestros alfareros del país. Reinó en el festin la animacion y la alegría: los brindis se sucedian unos á otros, y la música, colocada en la pieza inmediata al espacioso comedor en que se verificaba el banquete, tocaba de tiempo en tiempo piezas escogidas que aumentaban la animacion y el placer. Despues de concluida la cena, la comparsa volvió á salir á recorrer las calles, montada en arrogantes caballos, y llevando cada jinete una hacha encendida en la mano derecha, como se acostumbraba en las mojigangas conocidas con el nombre de *encamisadas*. Los jinetes, haciendo graciosos juegos con sus ligeros corceles, se tiraban con vistosas y huecas bolas de fino barro secadas al sol, llamadas *alcancias*, que al quebrarse en los escudos con que se defendian los caballeros, dejaban caer papelitos de brillantes colores, hojas de flores, lentejuelas, ceniza y otras materias. De este juego de caballería que en aquella época se llamaba correr ó jugar *alcancias*, viene la costumbre que aun existe entre la alegre juventud de algunos pueblos, de quebrarse, en tiempo de carnaval, cascarones rellenos de harina, tiza, salvado, y no pocas veces de agradables esencias.

El objeto de Alonso de Avila, al disponer esta fiesta, fué persuadir á los conjurados que el marqués se hallaba interesado en la empresa proyectada. Sin embargo, el paso dado por el fogoso jóven demuestra la falta de reflexion con que obraba. Hacer una fiesta públicamente,

y repartir entre las personas convidadas y ajenas al movimiento, motetes alusivos á la revolucion, aunque de embozado sentido y mezclados con otros de atenta galantería, era exponerse á despertar sospechas peligrosas. Conocido era el disgusto que habia manifestado cuando circuló la noticia relativa á los repartimientos, y la cosa mas leve podia interpretarse de una manera desfavorable. Las siniestras, aunque vagas voces de que se meditaba un levantamiento, corrian hacia algunos dias entre diversas personas de la poblacion; y aunque se ignoraba el fundamento en que descansaba el rumor, fácil era que la mas leve cosa hiciese recaer las sospechas sobre los autores de la mascarada. En el mismo sarao, cuando apenas habia salido la comparsa del palacio del marqués y recorria las calles en medio de la música y del placer, se le dió al visitador Valderrama la noticia, aunque de una manera vaga, de que la fiesta se hacia con objeto de causar un motin. El visitador, dando poco crédito á lo que oia, comunicó al marqués la nueva que le habian dado. D. Martin Cortés, disimulando su sorpresa, se armó inmediatamente, haciendo que sus hermanos y criados hicieran lo mismo, disponiéndose á defender á las autoridades reales. Nada, sin embargo, aconteció; y el visitador Valderrama se retiró tranquilamente á su casa poco despues de haber terminado el sarao.

Dos dias despues se reunieron en la casa de Alonso de Avila, el licenciado Ayala de Espinosa, D. Baltasar y D. Pedro de Quesada, Cristóbal de Oñate, dicho el mozo, y Pedro de Aguilar, que hacia muy poco que habia entrado en la conjuracion. Esta junta de cinco personas de



ninguna suposición en la sociedad, y, algunas de ellas, mal conceptuadas en el público, fué la mas numerosa que llegaron á tener los conjurados para tratar de las cosas mas importantes y graves relativas al levantamiento. Alonso de Avila, juzgándose obligado á mantenerse en la actitud hostil en que se habia declarado contra el gobierno, pues juzgaba que de abandonar la empresa podrian sus amigos tacharle de falta de valor, se manifestó lleno de fé en el buen éxito de ella. El dia que entró en Méjico con la mascarada, dijo al licenciado Espinosa y á Pedro de Aguilar «que todo era aplicado para lo que estaba concertado» (1); y es de suponer que dispuso la fiesta en casa de Martin Cortés, con el objeto, como antes dije, de que le juzgasen jefe del movimiento. Conociendo que era preciso mantener á los conspiradores en la misma creencia, recibió á los cinco individuos que se presentaron á la junta con manifestaciones de satisfaccion. Sentados en una pieza retirada de la casa, les dió á conocer lo que se habia dispuesto para dar con buen éxito el golpe decisivo. Dijo que habian concertado el marqués del Valle y él, en union de los dos hermanos del primero y de otros individuos respetables, que la ejecucion se verificase un viernes, que era dia de acuerdo de gobernacion, y en que, por lo mismo, se hallaria presente el visitador. D. Luis Cortés, hermano del marqués,

(1) «E nos dijo al dicho licenciado y á mí que todo era aplicado para lo que estaba concertado, é dende á dos dias nos juntamos en casa del dicho Alonso de Avila.»—Declaracion de Pedro de Aguilar en la *Noticia histórica de la conjuracion del marqués del Valle*, pág. 119.

con siete ú ocho conjurados, bien armados, á matar al visitador y á los oidores: Alonso de Avila, ó Diego Arias Sotelo, ó bien el mismo D. Martin Cortés, segun á quien le tocase en suerte, se pondria con otros siete hombres á la puerta de la sala de armas que estaba en las mismas casas reales, y en el instante que pudiesen el visitador y los oidores, la descerrajarian para apoderarse de la artillería y de todas las armas que habia: otro caballero, con igual número de gente, se situaria en la puerta del salon de acuerdos, para impedir la entrada á los que acudiesen á las voces que diesen los oidores: los oficiales reales, así como D. Luis Velasco, hijo del virey del mismo nombre, debian perecer de igual manera, siendo sorprendidos en sus casas por los conjurados que se nombrasen. Para obrar simultáneamente, se dispuso que precediese una señal. Un hombre colocado en la puerta de la sala de acuerdos, debia, en el instante que entrasen en ella los conjurados, hacer una seña desde el corredor con una capa, á otro que estaria junto á la fuente del patio; éste, á su vez, ejecutaria lo mismo á un tercero, colocado en la puerta del edificio que daba á la plaza, el cual agitaria una capa encarnada, á cuyo movimiento, el licenciado Ayala de Espinosa que se hallaria en la torre de la iglesia catedral, daria dos campanadas que eran las convenidas para ejecutar lo dispuesto. Los cadáveres se arrojarian á la plaza, custodiada por el marqués del Valle, sus criados y otros caballeros, para que el pueblo quedase convencido de los hechos, y supiese que tenia que obedecer á nuevas autoridades; se echaria mano de los caudales que estaban en las cajas reales, y se encen-



deria una hoguera en medio de la plaza, donde se quemarian todos los papeles y escrituras que estaban en los archivos, á fin de que no quedase ni aun escrito el nombre del monarca de Castilla. Verificado lo mas difícil del plan, el marqués del Valle seria proclamado rey, coronado en la plaza y llevado á palacio en medio de las aclamaciones del pueblo, donde darian guardia las tropas mas escogidas. Colocado en el trono, se convocaria á Cortes á los procuradores de las villas y ciudades del país entero, para que reconociesen y jurasen fidelidad al nuevo soberano; se enviaria á D. Luis Cortés, con fuerza competente de arcabuceros, á que se apoderase de San Juan de Ulua y de la flota que estaba en el puerto, evitando así que saliese ningun buque á dar parte del cambio operado en la Nueva España: se dirigiria Martin Cortés, hijo de la célebre intérprete Marina, con gente de caballería á Zacatecas y sus comarcas para hacer que los pueblos del interior y los reales de minas prestasen la obediencia al que habia sido proclamado monarca; y Francisco de Reinoso era el encargado de hacer que la ciudad de Puebla de los Angeles, de donde era vecino, se sometiera á lo dispuesto (1). Establecido el gobierno, el

(1) En las obras que hasta el presente se han publicado referentes á la historia de Méjico, se ha dicho que los conjurados habian dispuesto dar el golpe el 13 de Agosto, aniversario de la toma de Méjico por Cortés, cuando en celebridad del hecho se dirigiese la procesion por la calle de San Francisco á la ermita de San Hipólito. Que se ha estado en un error, se ve por las declaraciones de los que se hallaban en los tratos de la conspiracion. Pedro de Aguilar, que fué uno de los denunciadores, manifiesta que se dispuso «que para que

dean de la iglesia catedral D. Alonso Chico de Molina, marcharia á Roma á pedir al Papa la investidura del reino, pasando por Francia, para cuyo rey se enviarian excelentes regalos, ofreciéndole el comercio con Méjico; y el licenciado Ayala de Espinosa, en otro buque, llegaria á San Lúcar de Barrameda, marcharia de incógnito á Sevilla, donde se hallaba el primogénito del marqués, presentaria una carta de éste á la familia para que se la entregasen, y en seguida se embarcaria con él para la Nueva España.

Llama la atencion que al tratarse de un plan lleno de dificultades, en que era preciso verter la sangre de las primeras autoridades y luchar con peligros extraordinarios, no se hallase presente ninguno de los individuos encargados de la ejecucion. No parece sino que Alonso de Avila se veia precisado á sostener el papel de conjurado, por pundonor, porque nadie imaginase siquiera que se alejaba del peligro. Habia iniciado el movimiento en los instantes de efervescencia en que se recibió la noticia relativa á los repartimientos, y le parecia un acto de cobardía, indigno de un valiente, no sostenerlo mientras hubiese alguno que le siguiese. El plan comunicado á los cinco oscuros individuos que se hallaban en la junta, mas apariencia tiene de una invencion del momento

mejor é mas seguramente pudiesen ejecutarlo, un dia de viernes, que era dia de acuerdo de gobernacion en que se hallaba presente el visitador, habian de ir el dicho don Luis con siete ó ocho compañeros armados é bien en órden é matar al dicho visitador y oidores,» etc. *Noticia histórica de la conjuracion del marqués del Valle*, págs. 199 y 200.



para manifestar que no abandonaba la empresa, que de ser el resultado de un proyecto meditado. El mismo carácter noble, jovial, ligero, inofensivo y caballeresco con que los escritores antiguos presentan al jóven Alonso de Avila, nos inclina á creer que no podia haber concertado, con ánimo de ejecutarlo, al menos en la parte relativa á las autoridades, un plan lleno de sangre, donde los cadáveres se arrojasen á la plaza para que sirviesen de escarnio á la multitud. La índole de los mejicanos descendientes de españoles, era y es excelente, suave, inclinada á la benevolencia. Los hijos de la bella region de Anáhuac, así los que tenian solo sangre española como los que la llevaban mezclada con la de la valiente raza azteca, reunian á la dulzura que imprime aquel delicioso clima en el carácter de los que nacen bajo el limpio cielo en que se templa, el denuedo y entereza del cumplido caballero.

Dado cuenta del proyecto, uno de los de la junta manifestó que seria conveniente que las personas interesadas en el levantamiento firmasen el plan, para que así quedasen mas ligados todos los comprometidos. Alonso de Avila contestó que haria presente la observacion á los que hacian cabeza en la conjuracion, y suplicó á los cinco conferenciantes que volviesen á verle dentro de dos dias, para que supiesen el resultado. Puntuales fueron los cinco en acudir á la cita, muy especialmente el licenciado Ayala de Espinosa y Pedro de Aguilar, que se manifestaban los mas ardientes partidarios del alzamiento. Alonso de Avila condujo á los conjurados á la misma pieza en que les habia hablado del plan, y cerrando las puertas

para que nadie pudiese verles ni oírles, les hizo que se sentaran y tomó á su vez asiento. Entonces, tomando la palabra, les dijo que habia encontrado algo tibio en la empresa al marqués del Valle; que al manifestarle el deseo de que en el plan constasen las firmas de todos, contestó que no juzgaba necesario hacerlo; que se trabajase y se pusiese en ejecucion el plan, pues él no faltaria á la palabra dada. Alonso de Avila añadió que habia hablado á los demás interesados, y que la contestacion de todos fué manifestar que no habia necesidad de firmas, pues todos estaban dispuestos á presentarse en el peligro y á ejecutar lo que estaba dispuesto (1). El licenciado Espinosa y Pedro de Aguilar se manifestaron descontentos de que se hubiesen negado á firmar las personas principales en el plan. Alonso de Avila mostró no menos sentimiento que ellos de no haber alcanzado lo que deseaban, y muy especialmente de la tibieza que aseguró habia encontrado en D. Martin Cortés. Entonces el licenciado Ayala de Espinosa exclamó con enojo: que haga el marqués lo que guste: en este negocio á él le va más que á ninguno de nosotros; yo sé por el oidor Villanueva, que la Audiencia ha escrito al monarca diciéndole que se ejecute la real cédula para que las encomiendas acaben en las dos vidas, y que conviene que el marqués no permanezca en Nueva España (2).

(1) *Noticia histórica de la conjuracion del marqués del Valle*, declaracion de Pedro de Aguilar, pág. 203.

(2) *Noticia histórica de la conjuracion del marqués del Valle*, declaracion de Pedro de Aguilar, pág. 203.